

# "Picassos en el desván", de Antonio Pereira

Ángel Estévez Molinero

Sucede, con ciertos libros, que amanecen de pronto entre las manos como si fuesen picassos que hubieran estado arrinconados en un desván. Esto es lo que, en mi caso al menos, ha ocurrido con Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo), a pesar de no ser un escritor novel ni ser estos *Picassos en el desván* una ópera prima. Pereira, en efecto, cuenta ya con una estimable obra poética, reunida bajo los títulos de *Contar y seguir* y *Antología de la seda y el hierro*. Y, en cuanto narrador, ofrece obras como *El síndrome de Estocolmo*, Premio Fastenrath de la Real Academia Española, y *Cuentos para lectores cómplices*.

El presente volumen, *Picassos en el desván*, está integrado por veintinueve relatos, que se caracterizan, generalmente, por la brevedad y concisión verbal y constructiva: baste decir que algunos como el que presta su título al conjunto, y los titulados *El escalatorres*, *Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos*, *La Violinista*, *Los pasadizos*, *La esquila* o *The end*, en ningún caso superan las veinte líneas; el resto, todo lo más algunas páginas. Puede deducirse consiguientemente, que uno de los rasgos caracterizadores de Antonio Pereira es el laconismo y, en este sentido, procede recordar el aforismo gracianesco de que "lo bueno, si breve, dos veces bueno". Y así nos parece. Sin embargo, para evitar caídas precipitadas en el estrujamiento conceptista y en la gama de recursos que lo propician, digamos que Pereira consigue sus propósitos jugando fundamental y diestramente con la elipsis y podando sistemáticamente todo elemento superfluo, de esta forma, la historia contada es más extensa (mucho más extensa a veces) que la narración, que la formaliza y también, de esta forma, el ritmo narrativo fluye con acusada agilidad, con tanta rapidez, en ocasiones, que el lector, no bien ha subido al tren de la lectura y, sin tiempo prácticamente para sentarse, ha llegado ya a su destino: sobre el andén de llegada. Sin embargo, se multiplican las sugerencias que las distintas narraciones transportan y es que Antonio Pereira, tanto como evocar (lo que infiltra por sus relatos unos tenues aires melancólicos), sabe sugerir con fina sutileza y entrañable fuerza lírica. A ello contribuye, además, la perspicacia observadora del autor, que se complace en extraer, de la vida misma, los materiales que nutren sus narraciones, y que disfruta sorprendiendo los comportamientos y la condición humana con cierta dosis de ternura, con ingeniosas pinceladas de humor y con una sabia e indulgente

(nunca sarcástica) mirada irónica.

Ahí quedan, para corroborarlo, el caso de Paco Loureiro que dinamita su vida social porque les soltaba los botones y los lazos a las señoras: o el de Paulina de Orosa y la script obsesionada con hacer el amor con un templario; el regreso, aprovechando el clima democrático del escultor Domingo Filgueira a su ciudad de nacimiento, las vicisitudes del narrador en la frontera jordano-israelí. O el pueblo de Osorno, provincia de Palencia, que alienta el deseo de ver cómo el artista (el escalatorres) se desprende de un saliente y se mata. Se juega también con el erotismo que despierta en algún que otro asistente al concierto, la violinista, o, en reencuentros familiares, la espalda de Elisa en un sobrino, por las narraciones desfilan el loco de Campín, Pepín Ramos el poeta, como tantos otros, inspirado la Singular huelga por impedir que se traslade la banca a la capital de la provincia, etc.

La ironía es algo que se advierte. Incluso en la formalización de sus retratos precisamente el titulado *Picassos en el desván*, que, con total acierto portica el conjunto, constituye una sugerente teorización de lo que Antonio Pereira practica como hecho narrativo. Una vez, escribe, estaba el novelador en una ciudad lejana y prometedora de fabulaciones cuando tuvo en las manos un periódico de su propio país y en él venía la noticia breve de tres picassos hallados en el trastero del difunto párroco de Priegue en el municipio pontevedrés de Nigrán (...) y el novelador ni caso, busca que buscarás argumento para una novela río. Entiéndase, desexplicando la ironía que no hace falta viajar, ni siquiera con la imaginación, a países lejanos para encontrar ricos filones de materia literaria y que ésta, esperando en la realidad inmediata la mano que sepa modelarla y susceptible incluso de alimentar una novela río, puede asimismo estrujarse en un embrión de novela de apenas veinte líneas: ¿cómo no admirar, en consecuencia, la voluntad constructiva del mínimo y el alto poder sugeridor de las narraciones de Antonio Pereira con tales planteamientos?

Para diversificar los matices. Pereira desplaza jugando con perspectivas variadas, el punto de vista, pues, unas veces, el relato es contado por un narrador omnisciente, que, en ocasiones, participa de los hechos como testigo y, alguna que otra, se desdobra en personaje que actúa. Constructivamente, las narraciones adoptan una disposición de linealidad cronológica, en unos casos; en otros, adoptan la estructura in media res e incluso, en alguna ocasión, comienzan anticipando al final. Y siempre, en el nivel de la escritura, se impone la voz que cuenta con una naturalidad, una frescura y una variedad de matices que, inmediatamente atrapa al lector.

A la postre, la perspicacia de la mirada y el calor de la sintaxis que la verbaliza,

condimentada con esos ingredientes tan cervantinos de experiencia e imaginación, convierten estos Picasso en el desván en un exquisito menú de escritura y lectura.